

LAS BODAS DE CANÁ [276]**2026****Contemplación (día 34)**

En esta Meditación en la que contemplamos la Vida de Cristo, nos invita el Espíritu hoy a considerar esa escena tan maravillosa que viene a llamarse «Las Bodas de Caná» que está relatada en el Capítulo 2 de San Juan¹. Jesús es invitado a una boda junto con sus discípulos y además estaba la Madre de Jesús. ¡Qué bonito! Lo iremos viendo poco a poco.

[276] DEL PRIMERO MILAGRO HECHO EN LAS BODAS DE CANÁ (GALILEA) ESCRIBE SANT JOAN, CAPÍTULO 2, 1-11.

1° Primero: Fue convidado Christo nuestro Señor con sus discípulos a las bodas.

2° 2°: La Madre declara al Hijo la falta del vino diciendo: (*No tienen vino*); y mandó a los servidores: (*Haced cualquiera cosa que os dixere*).

3° 3°: (*Convertió el agua en vino, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos*).

En primer lugar, María es la que siempre está con Jesús en los momentos más importantes, no solamente en su Concepción, no solamente en su Nacimiento, también está al final de su Vida —claro que sí— al pie de la Cruz; y también quiere estar en esa primera manifestación, porque no olvidemos que en las bodas de Caná es la primera vez que Jesús hace un milagro patente ante sus discípulos, se manifestó Su Gloria, y así comenzó a crecer la fe de sus discípulos en Él.

Y siempre esto sucede porque María es la que intercede, María es la que interviene, María es la que le dice al Hijo: «*No tienen vino*». (**Jn 2, 3**)

Es bonito porque en este sentido, en el vínculo entre Jesucristo y María, Ella —evidentemente no quiere ser nunca protagonista de nada— no está nunca en un primer plano, todo lo contrario. La razón de ser de la vida de María es Jesús; como también debería ser la nuestra: dar a luz a Jesús, entregar a Jesús, apoyar a Jesús y estar con Él, que de algún modo es la razón de ser también de nuestra vida.

EL INICIO

Pero entremos directamente ya en la escena evangélica. Caná sabemos que es un pueblo muy cercanito a Nazareth, no está muy lejos, se puede ir andando, no hay mucha distancia. Antes eran amigos de la infancia, por supuesto los familiares; ahora Jesús quiere estar también con sus discípulos, los acababa de conocer prácticamente, pero quiere estar con ellos, quiere de algún modo que ya empiecen a compartir su intimidad, a compartir su historia, pues quiere tener no solamente discípulos, quiere tener amigos, y los amigos son

¹ Jn 2, 1-11.

los que viven contigo los momentos más importantes de tu vida. En este sentido es el comienzo de la manifestación de Jesús.

Siempre hay un comienzo en todo. Jesús tuvo el comienzo de su existencia humana en el vientre de María; Jesús tuvo también el comienzo de su vida fuera del vientre de su Madre en Belén, y Jesús tiene un comienzo aquí en el pueblo de Caná, cerca de Nazareth, para darse a conocer como Aquél que ha venido a dar ese vino nuevo, esa vida nueva; y por tanto quiere que sus amigos estén en los comienzos.

También nosotros tenemos comienzos. De hecho, la vida es un comenzar y recomenzar. La vida es muchas veces: «Señor, hasta aquí he vivido muchas cosas, me han pasado maravillas; pero como un niño pequeño que se equivoca, vuelvo a empezar». Siempre es un conjunto de comienzos, siempre además de la Mano de Jesús y de la mano de María.

EL MATRIMONIO, LA FAMILIA

Además, es un detalle precioso también que esa primera revelación de Jesús se haga en un ambiente esponsalicio, en el comienzo de una familia, como dando a entender que del mismo modo que el Verbo se hizo carne en una mujer que estaba desposada ya, es decir, con una familia que empezaba; y que el Verbo quiere tener una familia propia para comenzar su existencia humana, no quiere vivir sin familia; Jesús también se da a conocer en un ámbito familiar, como dando a conocer o a entender que la familia es lo más importante, que la familia es insustituible, que la familia es lo más grande, lo más difícil, lo más bonito que tiene el ser humano. La familia es causa de llorar, causa de reír, causa de sufrir, causa de gozar. La familia es el lugar donde nacemos, donde morimos, donde somos queridos tal y como somos, y no se nos ponen condiciones. Cuando falta cualquiera de estas características de la gratuidad del amor familiar, corremos el riesgo de pervertir la familia y que nuestras relaciones familiares se intoxiquen cuando no hay gratuidad, cuando no hay un respeto y una aceptación de los demás como son, cuando no se acoge la vida en sus debilidades, especialmente los niños más pequeños y los más ancianos.

Es impresionante que el primer milagro que hace Jesús lo haga precisamente en un ámbito esponsalicio, matrimonial, familiar; en unas bodas, en definitiva.

Eso ya dice mucho, dice que efectivamente lo primero que tenemos que hacer es cuidar nuestra familia, cuidar nuestra casa, porque la fe, ¿dónde se vive? La podrás vivir en la calle, la podrás vivir en tu Parroquia, en el lugar donde vives la fe, en tu comunidad, en tu grupo; pero donde realmente tenemos que aplicar el Evangelio de Jesucristo es con aquellos que comparten habitualmente la vida con nosotros, los más cercanos, los más próximos: los familiares.

«NO TIENEN VINO».

Dicho lo cual, entremos por tanto ya en esa escena en la cual sucede que, en un momento concreto, los novios no habían calculado bien, y María se acerca a Jesús y le dice: «*No tienen vino*». Es como una expresión de vivir en la realidad, es una cosa que aparentemente nadie se había dado cuenta; porque hay verdades que a veces no se conocen, pero son verdades que están ahí y que como no nos enfrentemos a ellas, como no les hagamos cara, pues

pueden ser verdades que al final nos pueden destruir. Y María, que es la Madre —como muchas madres que mira con cariño, que observa, que consuela y que interviene si hace falta— directamente se dirige a Su Hijo como diciendo: «Mira, pobrecitos —no les acusa— (no lo habrán pensado bien, no habrán calculado bien, habrán venido más invitados de lo previsto), la cosa es que se están quedando sin vino».

María es aquella que presenta a Jesús las necesidades, las pobreza, las indigencias, las cosas que nos faltan en la vida y que tanto necesitamos. Nosotros aprendemos también cuando tenemos carencia: «Señor, no tengo ánimo, no tengo alegría, no tengo ilusiones, no tengo fuerzas». ¿Podemos vivir momentos así en nuestra vida? ¡Claro que sí! Y es el momento de mirar a María y de algún modo decirle. «Madre, díselo tú porque a ti Tu Hijo siempre te escucha. Tú eres la Omnipotencia Suplicante. Todo lo puedes cuando pides a Tu Hijo porque nada te puede negar».

Y de hecho, ese vivir desde la realidad —no desde sueños— podría parecer como un poco negativo; ¡todo lo contrario!, sólo se pueden construir las cosas desde la verdad. Sólo se pueden construir las cosas cuando uno no maquilla, no tapa, no esconde. Sobre todo en nuestras relaciones con Dios y en nuestras relaciones con los demás tenemos que ser auténticos, ser nosotros mismos. Y no tenemos que andar con versiones: «Hoy aquí soy de un modo; ahí soy del otro». Desde una unidad de vida y de una verdad que muchas veces parte de un déficit, de una carencia —«Señor, es que no lo tengo todo, ni me ha salido todo bien, ni he calculado bien las cosas, me he equivocado»— es bonito, porque es ahí donde realmente, **cuando se muestra nuestra debilidad, Dios da la gracia**.

Todos tenemos la experiencia que cuando Dios da la gracia no quita la debilidad, nos mantiene en debilidad. Eso es la **Pedagogía Divina**, Él sabe por qué lo hace.

Damos un paso más en esta Meditación —la Contemplación de la Vida de Jesús— cómo de repente Jesús le dice: «*Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora*». (**Jn 2, 4**). ¿Que podría parecer? «¡Qué mala contestación le ha dado Jesús a su Madre!». «*Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?*» Es decir, como diciendo: «No me molestes». Y, sin embargo, varios estudiosos de las Escrituras dicen que esta expresión que aparece en otros momentos —sobre todo en el ambiente cultural de Jesús— por supuesto que no era una señal de desprecio, sino que era una señal más bien de respeto. «Tengo que ver contigo», en el sentido de que: «Tú eres alguien impresionante». Era un modo muy educado de reconocer la grandeza de alguien, y probablemente le decía: «Madre, tú eres mi Madre, eres para Mí lo más grande, yo soy Hijo tuyo y por tanto quiero ser tu siervo». Entonces no es un desprecio, todo lo contrario, es un reconocimiento del valor de su Madre, pero a la vez le advierte y le dice: «Madre, pero todavía no ha llegado mi hora». «*Mujer*» la llama más que Madre. En ningún momento la llama «Madre». «*Mujer, ... no ha llegado mi hora*», como diciendo: «No sé si es el momento, no sé si es oportuno». Hay una libertad, hay un momento de empezar.

María no le quiere forzar, simplemente le dice: «*No tienen vino*». No le dice directamente: «Te pido por favor que les des vino. Te pido por favor que intervengas». María deja completa libertad a su Hijo para actuar y para decidir. Dios tiene ese estilo y es que Dios es el gran respetador. Dios te puede señalar un camino para seguir, Dios te puede indicar

una gracia que te quiere dar, Dios te puede proponer una vocación o proponer una actitud nueva, respetando siempre la libertad y sabiendo que el amor de Dios no depende de que tú respondas mejor o peor a su llamada, porque Dios no va a dejar de amarte nunca.

Precisamente esa es la belleza de la **incondicionalidad del amor de Dios**, que a lo mejor te hace una propuesta y le dices: «Todavía no es el momento, no lo veo». Y Dios dirá: «Muy bien. Te sigo queriendo, porque para Mí siempre vas a ser lo más importante que puedas ser, eres mi hija, eres mi hijo, y no me importa, te voy a querer igual». Y es que efectivamente **hablar de amor es hablar de verdad**, pero **hablar de amor es también hablar de libertad**, de no imponer nada, de no querer decir al otro cómo tiene que ser. Hablar de amor es hablar de respeto, de dejar que el otro sea como es, no obligándole. Ese es el comienzo del amor, el amor que se comunica, el amor que se comparte y, claro, las relaciones entre Jesús y María sólo pudieron ser de amor y por una relación fundamentada —como he dicho antes— siempre en la verdad, pero siempre también en el más absoluto respeto.

«HACED LO QUE ÉL OS DIGA»

Entonces en ese momento, como si Jesús dejara la pelota en el campo de María, por decirlo de alguna manera —perdonadme esta expresión un poco futbolística— le responde: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora»; es decir, no le dice: «No lo voy a hacer», pero habría razones para no hacerlo. Deja de algún modo que María tome la decisión, confía tanto en Ella que, claro, en ese momento María mira a los sirvientes y delante de Jesús les dice: «Haced lo que Él os diga». (Jn 2, 5).

¡Qué preciosidad! A María no le importa intervenir, puesto que su Hijo le ha dado permiso, le ha dicho: «Mira, te dejo a ti, decide tú. Si quieres que comience Mi Hora, la puedo comenzar. Todo lo que me pides, siempre sé que es bueno, siempre sé que es grato y que va a dar Gloria al Padre». Entonces aparece esa frase que siendo lo que es —en ese momento tenía su razón de ser— es un lema que Ella utilizó para sí misma y Ella nos invita a nosotros a tener como lema de vida: «**Hacer lo que Jesús nos dice**». En esta invitación nos dice a cada uno de nosotros: «Haced lo que mi Hijo os diga»; es decir, conoced de algún modo qué es lo que espera Él de vosotros, qué es lo que os quiere regalar, porque nada puede esperar Dios de ti, si previamente no te lo ha regalado; y por tanto en coherencia con eso, intervenir y actuar.

Es un lema que siempre nos tiene que definir en nuestra previsión de vida, en nuestro proyecto de vida. En el plan que cada uno pensamos que Dios puede tener para nosotros, siempre estará el respeto a nuestra libertad y una propuesta que viene por la Providencia. A lo mejor uno se piensa que su relación con Dios va a ser maravillosa y Dios te puede tener en tinieblas una temporada; o pensaba que iba a tener la familia feliz maravillosa que tuve, y en vez de eso Dios permite una enfermedad; y entonces esto que hemos visto tantas veces, a mí me ayudó mucho a entenderlo a través de Jacques Philippe, y es:

«Yo no soy dueño de elegir lo que me va a pasar, pero si soy dueño de elegir qué significado dar a lo que me pasa»².

² Cf. JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior*.

Cuando la vida te viene y te da un golpe, cuando la vida te viene y te cambia el plan, cuando la vida te viene y lo improbable, lo imposible, lo impensable, sucede en ti o en tus hijos o en tu trabajo, en tu salud; ¿qué hacemos?: «Lo que Él nos diga». Porque efectivamente Jesucristo en nuestro interior nos ilumina y nos dice lo que tenemos que hacer. Él va dándonos a corto plazo, no a un larguísimo plazo, esas insinuaciones, esas inspiraciones, esos pequeños propósitos que sabemos que nacen como fruto de nuestra relación, de nuestra conversación con Él, en la que nos ilumina y nos va manifestando su Voluntad en el día a día, en el momento a momento, en el hoy, no dentro de diez años sino hoy y ahora.

«Señor, ¿qué quieres de mí?», cuando un familiar se pone enfermo. «Señor, ¿qué quieres de mí?», cuando me falta el trabajo. «¿Señor, ¿qué quieres de mí?», cuando me calumnian. «¿Señor, ¿qué quieres de mí?», cuando me rompo. Y ahí María te dice: «Escucha a mi Hijo. Escúchale». Él siempre te dirá cosas para tu bien, para engrandecerte y para llevarte más lejos, ¡por supuesto que sí!

«LLENAD LA TINAJAS DE AGUA».

Entonces en ese momento Jesús dice a los sirvientes: «*Llenad las tinajas de agua*» (Jn 2, 7). ¡Qué bonito! porque las llenan hasta arriba. Incluso insiste: «... y además llevad las tinajas y dádselas al mayordomo»³. Aquí hay una figura preciosa que es esa confianza y esa obediencia de los sirvientes. No sé qué tendría Jesús en su tono de voz. ¡Sí que lo sé, lo sabemos todos!; pero imaginando el tono de voz de Cristo, esa convicción, ese cariño, esa elegancia a la hora de hablar y ese decir: «Sé lo que estoy haciendo». ¡Cómo los sirvientes instantáneamente, sin dudarlo, cuando una Mujer les dice: «Mirad, vais a hacer lo que os diga este que es mi Hijo»; ¡venga, adelante! Y Jesús dice: «*Llenad las tinajas de agua*», y las llenaron hasta arriba. ¡Podría parecer absurdo si eran tinajas de vino! «Pero este Señor, ¿qué nos está diciendo!?».

Muchas veces no tenemos que comprender ni nos tienen que dar explicaciones de todas las cosas que pueden pedírnos en la vida. **Creer no es entender, creer es aceptar.** «¡No, Señor! ¡Explicame por qué me ha pasado esto o lo otro! A veces preguntamos muchos «por qué». Es una pregunta un poquito absurda, es como decir a Dios: «¡Justifícate ante mí! Dime por qué me ha pasado esto. Dime, si yo que he sido bueno, que he hecho el bien, y ahora resulta que me viene esto y no encuentro la proporción».

El Señor muchas veces no puede explicarnos la causa, la razón de los sucesos que pueden marcar nuestra vida, pero sí puede en primer lugar habitar en ellos, quedarse acompañándonos, y por supuesto además darnos un significado, un para qué, no tanto un por qué. «Un para qué» en el sentido que descubrimos que después de ese evento, de ese hecho, pasan cosas nuevas inimaginables y muchas de ellas preciosas y maravillosas. En todo caso nosotros sí sabemos que, con la actitud del servicio, con la actitud de saber, **nuestra vida es para lo que nos diga el Señor.**

³ Cf. Jn 2, 8.

SERVIR AL SEÑOR

Antiguamente en España, cuando se era pequeño, era costumbre que cuando se pasaba lista en una clase, cuando alguien era llamado por su nombre o se nombraba a un grupo de personas, siempre se respondía: «Para servir», «Servidor» o «Servidora». Ahora puede parecer cursi, como es lógico, y podría parecer fuera de lugar, pero era muy bonito. ¡Que se podría vincular mejor al servicio doméstico! ¡No! En las clases y en los colegios era costumbre responder de esta manera, como decir: «La razón de mi vida es servir, estar pendiente de las necesidades y hacer aquello que pueda ayudar», que es lo que hicieron estos sirvientes. **El milagro sucede porque hay personas dispuestas a servir.**

Los servidores de Dios suelen ser los instrumentos de su gracia, y Dios no quiere hacer milagros, Dios no quiere hacer cosas grandes que suelen ser silenciosas, que suelen ser calladas, sino es a través de gente dispuesta a servir al Plan de Dios y a servir a los demás. A veces pensamos que Dios tiene que actuar directamente con una varita mágica y aparecerse y decirme a mí, voz a voz, cara a cara: «Quiero esto»; pero Dios siempre se ha servido de mediaciones, a través de un sacerdote, catequista, tus padres, una homilía que escuchaste un día.

Dios se sirve de instrumentos y los instrumentos son los servidores, que también es nuestra razón de ser. Nosotros queremos ser servidores de Dios; para que sucedan los milagros tenemos que estar a su disposición sin decirle lo que tiene que hacer, sino dejándole a Él que nos diga lo que tenemos que hacer y lo que tenemos que ser nosotros.

Las tinajas que pide Jesús eran para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una, eran unas tinajas además que aparentemente recogían esa agua que había podido quedar sucia. El agua de las purificaciones es donde se lavaban las manos o se lavaban los pies y quedaba esa impregnación del polvo del camino, de lo pecaminoso del mundo. Es un matiz muy bonito, como diciendo: «Yo para hacer milagros también cuento con la realidad de la fragilidad humana, con la realidad de que hay necesidad de purificación».

Para ser servidor de Dios no hace falta que seas una persona perfectísima, no hace falta que no tengas ningún fallo, que nunca te equivoques, todo lo contrario. Para ser servidor de Dios lo harás con tu debilidad, lo harás con tus imperfecciones, y lo harás con ese saber que podrías tener más virtudes y, sin embargo, si Dios no te las da es porque tal vez no las necesitas, porque para hacer su gracia, para hacer su plan, para hacer su historia, para hacer su salvación, basta con la fidelidad y basta con ese deseo sincero de ser su instrumento y de ser completamente suyo.

EL MILAGRO.

¡Todos tenemos que purificarnos y todos queremos mejorar! Fijaos cómo el milagro se hace con unas tinajas destinadas a la purificación. No tiene pérdida este hecho. Podría haber cogido las tinajas vacías del vino anterior; sin embargo, coge esas que son de cien litros y por tanto las llenaron hasta arriba, cientos y cientos de litros. Les debió costar a los servidores, fue un trabajo fatigoso llenando cubo a cubo, ir al pozo, volver, llenar una tinaja. Cada cubo son veinticinco litros, por lo menos cuatro o cinco cubos cada tinaja. Un esfuerzo que valía la pena; y entonces directamente dice: *«Llévadselo al mayordomo»*. Ellos no

dudaron ni un instante. «¡Vamos a llevar al mayordomo agua de pozo!». Ellos se lo llevaron al mayordomo y éste dice: «¿Esto qué es?» Al mirar había cambiado el color de la superficie, ya no era un agua transparente, sino que era vino y, es más, coge un cazo y lo prueba, y se da cuenta que es un vino de una calidad excelente, de hecho, dice la narración, que el mayordomo llama al esposo y le dice: «*Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú en cambio has guardado el vino bueno hasta el final*». (Jn 2, 10).

¡Qué bonita es esta Pedagogía de Jesús! Curiosamente la lógica de los hombres es desear que lo más bueno sea el principio; cuando nos vamos gastando, sólo queda lo peor. Dios siempre reserva lo mejor para el final.

Nos podría parecer: «Yo de joven era muy fuerte, tenía muchas capacidades, podía hacer muchas cosas». Creerás a lo mejor que, externamente hablando, lo mejor de tu vida ha sido tu juventud, o lo más bonito de tu vida, lo más importante de tu vida, ha sido cuando tenías vigor, capacidad; y ahora a lo mejor eres una persona con más límites, con menos capacidad intelectual o física.

Pero: «Lo mejor siempre es al final»; primero, porque **el final lo escribe Dios**; segundo, porque para nosotros **el final es la Eternidad** y ese abrazo eterno con Él que no nos va a dejar nunca; y tercero, porque además cuando un alma madura en fidelidad y pasan los días, los meses, los años, pasan los disgustos, las cosas, y tú sigues siendo fiel a la palabra dada, a las personas amadas y, sobre todo, **sigues siendo fiel a tu amor a Dios**, entonces **eso es lo mejor**.

EL FINAL

Cuánta gente empieza cosas, pero no las terminan, se cansan muy pronto. Todo eso que han hecho, si no lo han terminado, ¿para qué se hicieron?

Hay una definición preciosa de Jesús que también la hace San Juan, que dice: «*Jesús habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final*» (Jn 13, 1). Es curioso que el final de la Vida de Cristo —que aparentemente es un fracaso porque muere crucificado como un delincuente— es lo mejor. Su Muerte en la Cruz es lo más bello que hizo Jesús: Entregar su Vida por amor.

Y también, tal vez nosotros cuando estemos ya faltos de fuerzas, cuando estemos tan limitados y estemos ofreciendo nuestra vida por amor al Padre, en un acto interior — porque a lo mejor ni siquiera podremos hablar— digamos: «Señor, te lo ofrezco todo, te lo entrego todo, toda mi cruz, todas mis penas. Todo lo que ha sido la historia de mi vida te la quiero regalar, es muy pobre, acógela»; a lo mejor en ese momento último de amor a Dios y de amor a los demás, estaremos haciendo lo más bello y lo más importante de nuestra vida.

Y por eso, aunque el mayordomo le reproche y le diga: «Todo el mundo pone el dinero y tú estás aquí jugando con nosotros», así es la Pedagogía Divina, siempre lo mejor al final.

Esto fue de algún modo como la conclusión final de este pasaje de la Vida de Cristo que termina San Juan diciendo: «Así en Caná de Galilea Jesús manifestó sus signos, hizo el

primer milagro y sus discípulos creyeron en Él»⁴. Es como esa primera epifanía de Jesús muy sencilla, fue el primero de los signos de Jesús que lo realizó ahí, hemos dicho al principio, en ese ambiente familiar.

LA VIRGEN MARÍA EN LA REDENCIÓN

En el Evangelio de San Juan, la Virgen María prácticamente ya no aparece, como que se quita del medio y sólo vuelve a aparecer cuando está al pie de la Cruz. Ella quiere estar y sabe estar en los momentos que es necesario, Ella quiere estar y sabe estar en los momentos en los que de algún modo su Hijo cuenta con Ella.

María apoya a su Hijo en la Redención. Es verdad que se nos dijo que el título de Corredentora lo utilicemos con muchísimo cuidado; hubo una nota de la Santa Sede: Sólo hay un Redentor que es nuestro Señor Jesucristo. Pero Jesús en la Cruz como que pidió permiso a María, diciéndole⁵: «Mujer, este es tu hijo», refiriéndose a San Juan y refiriéndose a todos nosotros; y luego le dijo a San Juan: «Esta es tu Madre y el discípulo la recibió en su casa»; es decir la recibió como algo propio.

María, que apoya la Redención, María Corredentora. María ayuda a su Hijo de algún modo sosteniendo a su Hijo, acompañando a su Hijo, porque Él la quiere hacer partícipe, porque **Él quiere contar con Ella en el comienzo y en el final**. Eso es precisamente una de las cosas más bellas que podemos contemplar y considerar en esta Meditación de la escena de las Bodas de Caná.

Señor yo te pido dos cosas: que todo lo que comience que tú me pidas comenzar, que puede ser cada día un rato de oración, que puede ser un acto de servicio, que cuente con Ella, que cuente con la presencia de María. Necesito Tu gracia y la gracia es Tuya, necesito Tu presencia porque sin Ti no voy a hacer nada; pero qué bonito es saber que Ella va a estar, qué bonito es saber que la Madre está, que la Madre acompaña, que la Madre intercede, que a la Madre le importo. Es una presencia tan suave, tan consoladora y tan importante. Por eso te pido Señor que en los comienzos, cuando yo te pida algo o cuando Tú me pidas algo, cuando tengamos que hacer algo en conjunto o cuando yo sea Tu instrumento —porque hacer, ¿yo qué voy a hacer? Nada— que cuente con la Madre.

Pero sobre todo, Señor, lo que te quiero pedir es que sepa terminar bien; que en las cosas que Tú me encomiendas, en las cosas que Tú me pides, que llegue fiel hasta el final, que lo mejor sea en el último momento, y que en ese último momento que yo te dé las gracias por haber contado conmigo, por haberme llamado para seguirte, por haber querido que yo fuera también testigo de Tu Gloria, testigo de Tu grandeza, como un seguidor Tuyo y de la mano de la Virgen.

SÓLO JESÚS

Ella, lo hemos dicho antes, no busca protagonismos. Ella sabe cuál es su sitio y el sitio es estar siempre cerca del Hijo, como nuestro sitio es estar siempre cerca de Jesús. Nosotros tampoco podemos buscar en el apostolado protagonismos. Cuántas veces en los grupos uno quiere tener razón y otro quiere imponer su criterio, «porque yo sé más, porque llevo

⁴ Cf. Jn 2, 11.

⁵ Cf. Jn 19, 26-27.

más años que tú». Esos afanes de protagonismos muchas veces son como el cáncer de la Iglesia. Uno que quiera ser protagonista, le quita protagonismo a Dios; entonces tiene que mirar mucho a María, tiene que mirar mucho cómo esta Mujer que es la criatura más grande, la Llena de Gracia, la más bella, la Mujer más inteligente, la Mujer más profunda que ha existido en la historia de la humanidad, Ella siempre está detrás, Ella siempre se retira porque hay alguien con mayúscula que es el más bello de los hombres que es el Mesías, que es el Redentor, que ha venido precisamente a dar su Vida por nosotros, a darnoslo todo. Ella ante Él, como es lógico, se retira, le apoya en lo que necesite, en lo que le pida y ahí está, siempre en un segundo plano.

Nosotros nunca tendremos que sustituir a Jesús. A veces al creernos protagonistas pensamos que todo depende de nosotros y que nosotros estamos ahí y tenemos que actuar, intervenir, echarle muchas horas, hacer muchas cosas. No. Aquí el único protagonista de cualquier acción de la Iglesia es Jesús, cualquier protagonista de cualquier obra buena que yo vaya a hacer en mi familia, con los demás, el protagonista es Jesús y su Gracia, y yo soy su instrumento si acaso, si Él me lo pide y me llama.

Por eso pedirle a la Madre:

Madre, que lo que el Señor me pida que lo comience contigo, que lo termine también cerca de ti y que sepa terminar, que sepa finalizar bien las cosas; y que cuando termine lo que el Señor me pida, que yo vea su Gloria, que se manifieste su Gloria y que crezca mi fe en Él.

Como pasó en las Bodas de Caná cuando los discípulos viendo todo esto, viendo ese primer signo de Jesús, la fe se hizo más sólida, la fe se hizo más fuerte, la fe empezó a tomar ya una parte esencial de ellos, y a partir de ese momento lo tuvieron tan claro, en el sentido de tan enraizado en su ser, que nunca, nunca dejaron a Jesús. Con sus debilidades, con lo que fuera, incluso huyen en Getsemaní, pero vuelven, porque no pudieron vivir, no quisieron vivir sin Jesucristo.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.